

ESTRATEGIA



PUBLICACION BIMESTRAL
MAYO-JUNIO
JULIO-AGOSTO 1980
INSTITUTO ARGENTINO DE ESTUDIOS ESTRATEGICOS Y DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

65
64

ESTRATEGIA

EDITOR ASOCIADO
EDUARDO VARELA CID

CONSEJO DE REDACCION
ENRIQUE VERA VILLALOBOS
ALBERTO MANUEL GARASINO
RODOLFO N. M. PANZARINI
ARNOLDO C. TESSELHOFF
FLORENTINO DIAZ LOZA
ADALBERTO P. LUCCHINI
FLORENCIO FERNANDEZ MENDEZ
BRUNO A. DEFELIPPE
MARIO HORACIO ORSOLINI
ERNESTO J. ABERG COBO
HAROLDO OLCESE
JOSE ENRIQUE MIGUENS
CARLOS R. FRENCH
ADELA Y. DE KUMCHER
FRANCISCO JOSE FIGUEROA
ALBERTO ASSEFF
RAUL LARRA

ARGENTINA

Precio ejemplar suelto \$ 12.000
Suscripción anual \$ 60.000

EXTERIOR

Precio ejemplar suelto \$ 15.000
Suscripción anual \$ 75.000

Número de serie

International Standard Serial Number
(ISSN): AG 122N 994E-2578

64/65

CORREO
ARGENTINO
CENTRAL B

FRANQUEO PAGADO
CONCESION N° 3379

TARIFA REDUCIDA
CONCESION N° 8830

PUBLICACION BIMESTRAL

MAYO-JUNIO
JULIO-AGOSTO 1980

DIRECTOR
JUAN ENRIQUE GUGLIALMELLI

DIRECTOR ASOCIADO
ARNALDO HECTOR CORTINA

EDITOR ASOCIADO
EDUARDO VARELA CID

CONSEJO DE REDACCION
ENRIQUE VERA VILLALOBOS
ALBERTO MANUEL GARASINO
RODOLFO N. M. PANZARINI
ARNOLDO C. TESSELHOFF
FLORENTINO DIAZ LOZA
ADALBERTO P. LUCCHINI
FLORENCIO FERNANDEZ MENDEZ
BRUNO A. DEFELIPPE
MARIO HORACIO ORSOLINI
ERNESTO J. ABERG COBO
HAROLDO OLCESE
JOSE ENRIQUE MIGUENS
CARLOS R. FRENCH
ADELA Y. DE KUMCHER
FRANCISCO JOSE FIGUEROLA
ALBERTO ASSEFF
RAUL LARRA

ARGENTINA
Precio ejemplar suelto \$ 12.000
Suscripción anual \$ 60.000
EXTERIOR
Precio ejemplar suelto u\$s 15.—
Suscripción anual u\$s 55.—

Número de serie
International Standard Serial Number
(ISSN): AG ISSN 9946-2578

Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual Número 26.580

El Cid Editor
Alsina 500
(1087) - Buenos Aires
República Argentina
Tel.: 33-0071/73

OBJETIVOS GENERALES

El Instituto Argentino de Estudios Estratégicos y de las Relaciones Internacionales (INSAR) tiene carácter de Fundación con Personería Jurídica otorgada por el Poder Ejecutivo Nacional. Su objetivo es el siguiente:

Realizar, promover y estimular los estudios e investigaciones sobre los problemas nacionales e internacionales, con particular dedicación a todos los asuntos vinculados con la seguridad nacional, las relaciones exteriores, la economía y otros aspectos afines de la vida nacional, tanto en su situación actual como en su evolución histórica. A ese fin, se propone:

- Crear centros de estudios e investigación organizando conferencias, seminarios y realizando tareas de investigación científica.
- Cooperar con otras instituciones argentinas y extranjeras que desempeñen actividades afines a las de este Instituto.
- Efectuar toda clase de publicaciones en forma de libros, revistas, boletines y folletos para difundir los trabajos realizados.

ESTRATEGIA es una publicación bimestral del Instituto Argentino de Estudios Estratégicos y de las Relaciones Internacionales, Alsina 500, (1087) - Buenos Aires, República Argentina.

Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualesquiera de los artículos escritos o traducidos exclusivamente por ESTRATEGIA, sin autorización especial y sin mencionar su origen. Se reciben colaboraciones para su eventual publicación, que, en principio, no deberán exceder de diez páginas escritas a máquina y a doble espacio. Tratándose de traducciones deberá acompañarse de una copia de texto en idioma original.

A estos efectos, así como con relación a ilustraciones, gráficos, remuneraciones y demás circunstancias, se ruega a los interesados dirigirse por carta a la Dirección.

I Parte

Gral. de Div. (R) Juan E. Guglielmelli

NACION Y SOBERANIA

(Reflexiones para ingenuos y desprevenidos)

El 15 de diciembre de 1965, al clausurar el año lectivo en el Centro de Altos Estudios y de la Escuela Superior de Guerra, el autor, entonces Director de ambos Institutos, pronunció la alocución que ahora incluimos, "sin cortes", bajo el título NACION Y SOBERANIA. Esta reedición nos parece oportuna, no obstante los 15 años transcurridos, porque sus conceptos tienen plena vigencia y, lamentablemente, algunas de sus prevenciones han sido desoídas. Basta, en este último sentido, comparar nuestras preocupaciones sobre las bases materiales de la soberanía, y las políticas económicas ejecutadas en ese lapso, en particular por los equipos de Adalbert Krieger Vasena y José Martínez de Hoz.

J.E.G.

El Centro de Altos Estudios y la Escuela Superior de Guerra cierran con este acto un período lectivo, entregando los diplomas acreditantes de su paso por ambos Institutos a las promociones décimo octava de Coroneles y a la sexagésima segunda de Oficiales de Estado Mayor, respectivamente.

Adquiere el acto significado especial en razón de que en el cumplimiento de las distintas etapas previstas en el plan de reestructuración del Ejército, a partir del próximo año, ambos Institutos, con la Escuela Superior Técnica y dentro de particulares autonomías funcionales, se agruparán bajo una dirección común.

Y es también significativo por cuanto en la nueva promoción de Oficiales de Estado Mayor, egresan como tales un oficial del Ejército de los Estados Unidos de América, un oficial del Ejército de la República del Paraguay y un oficial de nuestra Marina de Guerra. Estos oficiales honraron nuestras aulas, y honraron también a los ejércitos y a la institución a la cual pertenecen, por sus altas aptitudes profesionales, sus relevantes condiciones intelectuales y la caballerosidad, sentido de amistad y confraternidad que pusieron de manifiesto en el desempeño de todas sus actividades.

Durante el año hemos abordado no sólo los problemas de la conducción militar en todos sus niveles (táctico; operacional; estratégico) con sus disciplinas cooperantes, sino que, al buscar sus bases y orientaciones nacionales, indagamos y estudiamos los aspectos fundamentales de nuestra estrategia general, así como los factores internos y externos que puedan condicionarla.

Resultará así oportuno que, al culminar las tareas intelectuales del año, hablemos del objeto mismo de nuestros estudios, esto es de la NACIÓN, de su SOBERANÍA, de la vigencia de sus conceptos y de su defensa.

Toda meditación sobre la nación, cualquiera sea el aspecto de que se trate, espiritual, cultural, político, económico o de defensa, supone una toma de posición ante el problema de la soberanía.

Es que la soberanía es la condición misma de la nación, su tesitura espiritual y moral; su lado material. La soberanía configura como naciones a los pueblos unidos por los lazos similares de la historia, de la lengua, de la geografía, del sistema económico.

Acuñada como noción teórica en los tiempos de la monarquía absoluta, cuando los reyes no sólo eran los agentes propulsores de la unidad del pueblo, sino, también, el elemento modernizador y revolucionario que actuaba sobre las estructuras persistentes del feudalismo, la soberanía fue una idea polémica proyectada como grito de batalla contra los poderes internos y externos. Y, en el proceso histórico, llegó un momento en que los pueblos no tuvieron necesidad de recurrir a la corona para reconocerse como tales. Pudieron proclamarse a sí mismos soberanos y reclamar, correlativamente, un ámbito adecuado para la expansión plena de sus potencialidades espirituales y materiales.

Nació así, de una manera simultánea, la realidad y la idea de la nación moderna y soberana. La nación pasó entonces a ser el único espacio en el cual era posible el pleno desarrollo de un pueblo. Y la soberanía como noción correlativa, se constituyó en el instrumento de lucha de los propulsores de la nacionalidad.

NACION Y SOBERANIA

Esta es la función histórica del concepto, la razón de su exigencia que alcanza todavía a nuestros días, y mucho más, para los pueblos que no han llenado aún las etapas de su total desenvolvimiento espiritual y material.

La nación es una comunidad unida por lazos especiales de índole cultural, material, y otros específicamente espirituales. La nación reposa sobre la comunidad de un pueblo, unido por los vínculos culturales del idioma, de la tradición, de las costumbres, del folklore; de la religión en sus grupos mayoritarios; del pasado vivido, de ese ayer común, lleno de sufrimientos y de victorias. Algunos siempre presentes. Otros sumidos en el olvido, perdidos casi en el trasfondo de la historia, pero vivos y operantes a través de los mil procedimientos en lo que lo inconsciente nutre sin cesar la conciencia colectiva.

Pero la nación no se detiene allí. Es algo más, es mucho más que todo eso. Es un proyecto de realización común; un mañana por hacer; es un destino que aguarda.

La nación, tiene bases materiales y bases culturales. Tiene un espíritu que alienta incesante e incansablemente su devenir y su progreso.

No todos los pueblos son naciones. Las naciones aparecieron como una necesidad histórica, cuando las fuerzas productivas requirieron mayores espacios y exigieron el quebrantamiento de los cuadros limitados de la sociedad feudal y de la economía de subsistencia. Cuando se reclamó un derecho común vigente en territorios amplios; cuando apareció clara la necesidad de un mercado para el que todos produjeran y consumieran.

La base material es tan necesaria como lo son aquéllas culturales. Sin cualesquiera de ellas no podría sustentarse un proceso nacional dinámico y en continuo ascenso. De ambas surge también la íntima connotación democrática de la idea nacional, que supone en quebrantamiento de los vínculos estamentales; la igualdad para todos; la consagración de una nueva lealtad superior a las otras. La lealtad a la nación; a la Patria. Lealtad ésta, vinculada de manera indisoluble a la aparición de la sociedad democrática, en la cual todos participan y que, por lo tanto, todos consideran como suya.

Sobre esta lealtad se funda el elemento espiritual que toda nación alienta y que no es otra que la voluntad misma de mantener sus propias peculiaridades, su propio estilo de vida. En síntesis, de autodeterminarse.

Esta idea idea espiritual es el elemento dinámico del ser nacional. No puede operar sin las bases materiales y culturales antes expresadas, pero éstas tampoco existirían sin el aliento firme de aquélla.

Una sociedad sin bases materiales para su afirmación nacional es sólo un proyecto, a lo más, un esquema de dirigentes, inexorablemente expuesto y superado por los factores internos y externos de poder. Pero al mismo tiempo, si no se da la firme decisión de obrar con estilo propio,

de afirmarse en defensa de la propia peculiaridad, la nación tampoco existirá, cualesquiera sean las bases culturales y materiales de que se dispongan.

Todas estas realidades, como es obvio, interaccionan las unas sobre las otras, se influyen recíprocamente. Los vínculos culturales comunes firmes y consistentes suscitan fácilmente la idea de la autodeterminación. Esta requiere, a su vez, las bases económicas que la transformen en magnitud real y, desde el punto de vista político, operante. Un pueblo que desenvuelve su base económica de manera adecuada, reclamará la autodeterminación como algo que va de suyo. Pero lo que importa señalar aquí es que sólo la reunión de todos esos elementos permite distinguir a las naciones “logradas”, totalmente “vertebradas”. Y estas naciones, logradas, vertebradas, son las únicas que marcan rumbos en el curso de la historia.

Todo proceso de formación nacional es un proceso de “vertebración” comunitaria. Primero en un sentido social, al excluir diferencias de castas. Luego, en un sentido económico, en cuanto se eliminan antagonismos entre los distintos sectores productivos y se complementan las producciones primaria, secundaria y terciaria; cuando se armonizan la agricultura con la industria y ambas con los servicios. Por último, en sentido geográfico, al superarse las diferencias regionales equiparando los estilos de vida, las pautas de consumo, cuando se las unifica, en fin, en un mercado común, totalmente integrado.

La vertebración comunitaria es, así, un proceso social, que opera de manera simultánea con la transformación de estructuras de promoción, y que, en conjunto, define la aparición de ese producto típico de la cultura occidental que es la nación soberana.

Así se hicieron las naciones europeas. Se concitaron en torno a un rey pueblos con costumbres diferentes, dialectos propios, lealtades feudales distintas. Así se nuclearon en torno al rey de Castilla, vascos, andaluces, catalanes, gallegos, leoneses y aragones. En torno al rey de Francia, normandos, bretones, provenzales, angevinos, bordones y picardos. Hasta que los unos fueron todos españoles y los otros, todos franceses. Cuando había resultado chica la frontera del feudo y estechó la ciudad artesanal.

El proceso de afirmación nacional costó a veces torrentes de sangre. Los Estados Unidos de Norteamérica se constituyen relamente como nación sobre los miles de muertos que ocasionaron las diferencias entre Norteños y Sureños. Sólo después de Appomatox pudo lanzarse definitivamente a la gran aventura y convertirse en pocas décadas en incontrastable potencia mundial.

En todos estos casos la realidad de la nación se desenvolvió al impulso de la afirmación reiterada de la soberanía. Fue la noción tácitamente aglutinante. Que no hubiera por encima de la Patria lealtad alguna que orientara las conductas.

NACION Y SOBERANIA

De ahí que la soberanía resulta una noción tan compleja como la de la nación misma, a la cual, además, proyecta y representa. La soberanía tiene fundamentos espirituales, culturales, políticos, sociales, económicos, militares y hasta tecnológicos. Sólo como compuesto de estos elementos, debidamente ordenados, aparece un estado genuinamente soberano capaz de sobreponerse a las tensiones internas y de resistir las presiones externas, presentes, siempre cuando aparece una nueva y pujante presencia nacional.

Esta concepción tan vasta de la soberanía nos revela la complejidad de los factores que requiere su adecuada defensa. Si el símil me fuera permitido, diría que se trata de una inmensa zona de defensa tridimensional, con sus fuerzas de cobertura y posiciones adelantadas, sus avanzadas de combate, su profundo campo principal, sus campos de apoyo, sus tropas empeñadas, y sus reservas, alimentadas todas, no sólo del espíritu que exige la defensa tenaz, sino prontas y decididas, también, para emprender acciones ofensivas.

Las Fuerzas Armadas, por sus peculiares características, operan en toda la profundidad del área. Participan en todas las actividades de la comunidad y en cada una de ellas propenden a forjar el sentimiento y la realidad de la soberanía.

La historia argentina es un claro ejemplo de la presencia del factor militar en el proceso de nuestra unidad nacional. Arranca desde antes de Mayo; desde que los soldados españoles abrieran los primeros caminos; fundaran los primeros fuertes, sembraran las primeras semillas y engendraran los primeros hijos de sangre europea que nacieron en nuestro suelo.

Esos hijos y sus descendientes, tomaron las armas en nombre de la idea nacional en las guerras de la independencia. Mayo tuvo como uno de sus protagonistas principales a Saavedra que representaba, a su vez, a los grupos militares. Desde San Martín y Belgrano fueron principalmente soldados los que promovieron la idea de una nación independiente. Y fueron hombres de armas los que asumieron la conducción de las facciones que se enfrentaron en nuestras luchas civiles. Más adelante fueron las Fuerzas Armadas las que ensancharon la Patria con sus Campañas al Desierto, poniendo en todos sus confines los jalones iniciales de un desarrollo integral que, en el Sur, espera todavía concreción definitiva. Y en lo que va de este siglo, fueron crisol y forja de la unidad racial del pueblo; factor defensivo y promocional de renglones básicos de la economía, presencia viva de nuestra soberanía en la inmensa soledad de los hielos antárticos.

Resultaría exagerada pretensión, cuando no miopía o perspectiva unilateral, sostener que la Argentina es sólo hechura de sus soldados. Mas no cabe duda que fueron ellos los artífices principales en la constitu-

ción del Estado independiente, en la promoción de la idea nacional, en el proceso de su organización, en la conquista definitiva de su territorio.

En la actualidad son muchos y distintos los campos donde se libran las batallas en defensa de la soberanía nacional. Sin embargo, no son pocos los que disimulan su concepto o retacean su vigencia. Obran, en tal sentido, las complejas condiciones del mundo contemporáneo, la imagen que despierta un proceso económico-social en continuo ascenso, las fabulosas conquistas de la ciencia y la técnica, y el entusiasmo natural por "saltar" ineludibles etapas del proceso histórico.

A pocos, no obstante, puede escapar la obvia realidad de que es en el campo de la economía en donde se libran difíciles batallas en defensa de la soberanía nacional y de la afirmación de la comunidad independiente. Y nadie desconoce ya, la íntima vinculación de la estructura económica con el poder militar, que es, en definitiva, el brazo armado de una comunidad. Como dije en otra oportunidad, *"la derrota puede subyacer en la paz, ante estructuras económicas incapaces de proveer los hombres y materiales con la calidad exigida por la lucha moderna"*.

El signo de los tiempos ha cambiado. Pueden aparecer nuevas técnicas para congelar las estructuras productivas, para detener el proceso hacia el logro de las industrias básicas, para la consecución de una adecuada infraestructura.

Nuevos modos operacionales pueden reemplazar a viejos esquemas definitivamente perimidos. A ciertos países se les pediría el mercado; en tanto otros aportarían la producción. Algunos quedarían relegados como productores de alimentos y materias primas, mientras otros desarrollarían sus industrias pesadas o sus industrias de alta calidad técnica. La complementación industrial podría operar, así, como factor sustitutivo del desarrollo de base.

La Argentina, en función de una perspectiva unilateral basada en ciertos factores de economicidad, podría postergar definitivamente ciertos rubros básicos, como el hierro y el acero, y quedar relegada fundamentalmente a producir alimentos y ciertas industrias livianas. Por este camino, y así lo enseña la experiencia histórica de otros pueblos, renunciaríamos de hecho a un destino cierto de gran potencia.

Las integraciones supranacionales viven ya en el proceso histórico. Y serán en el futuro, a no dudarlo, una realidad, cuyo logro todavía exigirá enormes esfuerzos y sacrificios. Constituyen, me atrevo a afirmarlo, una fatalidad histórica, allí donde el marco de la nación se ha hecho estrecho, como a su hora fue estrecha la frontera del feudo y de la ciudad artesanal.

Cuando la soberanía nacional haya cumplido su ciclo histórico, será natural que se revisen su concepto y contenido. Esa es la situación actual de la comunidad europea. Allí, la integración regional es el resultado de

una previa integración nacional.

El problema es distinto cuando a la nación le falta “vertebrarse”, cuando el desarrollo es todavía un, un programa a realizar, un objetivo en perspectiva. En estos casos la acción prematura, cualesquiera sean sus mejores intenciones, mutilará a la nación y, a corto o largo plazo, impedirá obtener los máximos beneficios de un mercado que supere las fronteras nacionales.

Para un pueblo como el nuestro, en la etapa actual de su proceso histórico, en que lucha todavía por su desenvolvimiento espiritual y material, la soberanía sigue siendo la misma idea polémica de los tiempos en los que los reyes luchaban contra el feudalismo interno, y contra los poderes supranacionales de la Europa Medieval.

Esta idea de la soberanía, que se proyecta con contenido tan concreto en el campo económico, opera en un ámbito internacional de signo especial.

El mundo de 1965, no obstante significativas tendencias policentritas cuyas posibilidades abren acentuados interrogantes para un futuro a largo plazo, está signado hoy por su marcado acento bipolar, en cuyos extremos se encuentran los Estados Unidos de Norteamérica y la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Este ámbito universal, caracterizado como dijimos por la bipolaridad y expresado históricamente de diversas maneras —tal, por ejemplo, la vertiginosa liquidación del colonialismo— plantea problemas especiales a las naciones soberanas y a los estudiosos de la soberanía.

- ¿Atenúa la vigencia de su concepto la superioridad incontrastable de las superpotencias?
- ¿Tiende la mayor interdependencia de las economías a limar las aristas de una economía independiente?

Para algunos, las respuestas son afirmativas. La bipolaridad se entiende como enfrentamiento irreconciliable donde la lealtad nacional queda relegada al cono de sombras de quienes levantan la bandera de la ideología o del sistema económico y social como el factor de máxima adhesión.

En esta tesis suelen encontrarse prestigiosos exponentes de las tendencias más opuestas y extremas. De esta suerte, al tiempo que alientan la constitución de un mercado regional complementario, sustentan, en el plano político, el abandono del concepto y la noción de soberanía.

Tal planteo es irreal, falto de objetividad y, por lo tanto, equivocado. Surge por lo contrario, que la bipolaridad ha sido uno de los factores más decisivos en la liberación de naciones menos poderosas. Y eso no es nuevo en la historia, ya que nuestras propias nacionalidades aprovecharon, para surgir, la coyuntura favorable del enfrentamiento colonialista británico-francohispano.

Contra los que creen en la crisis actual de la soberanía, basta invocar el ejemplo de numerosos países pequeños, en posición adversa a vecinos poderosos, que, sin embargo, sostienen su independencia sobre la base del equilibrio bipolar. O bastará mirar hacia Europa Oriental, donde en los últimos años el renacer del espíritu nacional y su voluntad de creciente autodeterminación, entre otros factores, ha devenido en una renaciente vigorización del concepto que nos ocupa. Y si se quiere mirar más lejos, e indagar sobre posibles alternativas, no podríamos dejar de señalar que, si el policentrismo que antes mencionamos se concretara en objetiva realidad, la vigencia del concepto de la soberanía sería aún más relevante.

La soberanía no sólo es así compatible con el cuadro actual de la política mundial, sino que, su reafirmación, resulta una de sus directas consecuencias. Simultáneamente, no se ha vuelto incompatible con la cooperación internacional, sino que, por lo contrario, la requiere. Más aún, sólo Estados soberanos pueden reclamar una cooperación con sentido nacional, esto es, que contribuya al logro de sus metas, de sus prioridades nacionales. Esta aspiración, por definición, en cambio, está negada a toda comunidad que se encuentre en estado colonial o semi-colonial.

La cooperación internacional, no determina por sí sola el desarrollo nacional. A esta cooperación habrá que orientarla hacia aquellos sectores que determine la estrategia nacional, incluso con un plan programado de prioridades y políticas conducentes. Y ello sólo es posible con una conducción soberana, que sea efectivamente tal, en toda la compleja gama de actividades que constituyen el quehacer nacional.

En el fondo de la pugna de toda nación contra cualquier forma de dependencia se encuentra, como eje de la lucha, la antinomia desarrollo-subdesarrollo. Así lo señalan no sólo los hechos de la escena internacional de nuestros días, sino, de manera especial, las últimas Encíclicas Papales. Hoy hay sociedades altamente industrializadas, y otras que no lo son.

Esta realidad estructural es tan profunda como las diferencias ideológicas que las separan, como fueron idénticas las monarquías precapitalistas europeas, no obstante las diferencias entre católicos y protestantes. El factor ideológico tiene importancia, es de apreciable magnitud. En este sentido no podría un historiador cerrar los ojos a las diferencias que enfrentaron a hugonotes con católicos, o a puritanos con anglicanos. Pero las coyunturas nacionales no dependen únicamente de los ejes del enfrentamiento ideológico mundial, los cuales, por otra parte, suelen ser dejados de lado por las grandes potencias, cualquiera sea el campo en que actúen, cuando así conviene a sus intereses.

Cuando una nación no ha logrado vertebrarse, realizarse, consolidar su desarrollo desde el punto de vista espiritual, cultural y material, es objetivamente dependiente. Y su lucha consiste, desde el punto de vista nacional, en afirmar esa independencia por todas las vías, lícitas, que le

NACION Y SOBERANIA

permitan obtener su logro.

Las antinomias engendradas en la ideología existen y operan en el mundo de la realidad. De lo que se trata es de determinar si esas antinomias son propias de la comunidad o si, en el juego de las mismas, tal comunidad es tan sólo el instrumento o el escenario de, o dónde, otras fuerzas persiguen, naturalmente, intereses que les son propios y exclusivos.

Señores Coroneles y Capitanes:

Las Fuerzas Armadas tienen una misión específica y esencial. La Defensa de la Nación; la salvaguardia de su honor; la inviolabilidad de sus fronteras; el mantenimiento del orden interno contra toda tendencia subversiva atentatoria del ser nacional. Toda esa actividad se completa impulsando y participando decididamente en el desarrollo económico y social; con la promoción del entendimiento franco y leal de los distintos sectores que componen la comunidad nacional. Las Fuerzas Armadas deben ser las primeras en lograr la coincidencia y en respaldar las grandes metas comunes.

Toda esta inmensa tarea no puede ser realizada con un ejército sin cohesión, sin plena vigencia de sus principios básicos de disciplina y subordinación; sin una aptitud permanente para la vida en campaña; sin mandos capaces, responsables y de alto valor personal; sin un auténtico sentido del ser y del quehacer nacional.

A todo lo largo de su historia, y más allá de episodios circunstanciales y anecdóticos, muchos de los cuales nos tocó vivir, y en muchos de los cuales vimos quedar en el camino al camarada sobresaliente, al amigo entrañable, la Institución fue leal para consigo misma, y leal para con los valores fundamentales de la comunidad nacional.

Mantener con honor y dignidad ese historial es desafío al que ustedes no renunciarán y para el cual están moral, espiritual e intelectualmente preparados.